



Patrick Autréaux, "Una escuela del margen", tr. Luis Vital,
me cayó el veinte, n° 51 *Puntos de fragilidad*,
México, 2026, pp. 97-105.

ISSN: 2007-2791

www.mecayovelveinte.com

Una escuela del margen

Patrick Autréaux

Traducción del francés por Luis Vital

Desde el comienzo de mis estudios consideré el progresivo endurecimiento interior que me imponía el pensamiento médico como un síntoma a paliar. Si al inicio estuve ávido por dominar su método y sus saberes, también sentía que dicho pensamiento tendía a sistematizar una forma de razonar que amenazaba con extinguir la parte irreducible de misterio que se quiere cuestionar frente al cuerpo que se deteriora, frente a la locura, frente al destino del individuo enfermo. A veces incluso tenía la impresión de que, al privármelo, tal pensamiento me desencarnaba.

Más tarde, cuando empecé a escribir informes hospitalarios, fragmentos desconocidos para la literatura, me sentí a menudo reticente a utilizar con libertad palabras que parecían tan alejadas de la experiencia que se suponía que debían describir. Así, ¿cuál es el vínculo entre esa agotada mujer de mirada exaltada y el diagnóstico “delirio con mecanismo alucinante e intuitivo” que la lleva a ser internada? ¿Qué relación hay entre ese triste anciano de frente arrugada, que me habla de su hija muerta, y la palabra “abulia”? ¿O entre el discretísimo movimiento que da a ese joven un aire de ángel músico y la locución “actitud de escucha” en el certificado de hospitalización involuntaria? Tantos términos semióticos envueltos de realidades subjetivas que se me escapaban y me suspendían por encima de una pregunta tan banal, pero cuya profundidad surgía con vehemencia al salir de algunas habitaciones o de la sala de urgencias: ¿qué relación hay, entonces, entre aquellos vocablos y esos seres perdidos, entre estos últimos y esa agonía, esa miseria, ese arrebató que yo vigilaba en sus gestos?

Por eso tengo el persistente recuerdo de mi vergüenza como joven médico, que se esforzaba por despreciar la intimidad de las personas, de marginalizarla al menos, para razonarla o reducirla a síntomas mentales — también evitaba considerar sus emociones, sus rechazos o aversiones, sus impulsos y enternecimientos, su atracción a veces.

Esos pequeños escritos médicos estaban estructurados por una representación de enfermedades y un encadenamiento de procedimientos y efectos secundarios. Para que tuvieran sentido, era necesario que fueran sencillos y fiables. Es así como

el escrito médico pacta con el inquisidor: quiere hechos y una escritura sin artimañas, sin habitaciones ocultas. La medicina tiende a hacer lógico todo lo que toca. Es poderosa por su capacidad de develar la causalidad de los males, pero pronto se harta y abandona lo que ha perforado y aquello que ahora le parece un misterio. El alcance de su mirada se detiene a menudo en el umbral de la más singular de las existencias. El saber médico renuncia generalmente a esa otra zona, más amorfa y compleja, con la que el arte, y en especial la literatura, tiende a encontrar su carga (en el sentido eléctrico del término): un lugar activo nunca develado en su totalidad. Y aunque, según Virginia Woolf, una gripe cualquiera nos daría un asombroso escrito, he visto a pocos médicos encontrarle interés.

Los ejemplos de los practicantes positivistas, que tienen respuesta a todo, son legión. Indómitos señores Homais (que era farmacéutico, pero poco importa) aplastan los jardines secretos del alma o de los sueños, y destruyen muchas flores silvestres — sean malignas o drogas ambiguas. Es verdad que desde hace mucho tiempo la medicina no herboriza, deja eso a los investigadores en química orgánica, a los laboratorios farmacéuticos y al marketing de naturopatía. Al romper con su parte hechicera, se apartó de una hierba muy incómoda que abunda en los consultorios: la subjetividad.

La subjetividad no es el yo de la psicología, lo sabemos, o lo es apenas aproximadamente. Y la de los pacientes no sólo son emociones o angustias, cuyas manifestaciones impacientan fácilmente a los médicos, sino esa falla que abre la enfermedad, una fisura que amenaza con devorar el método de papá Hipócrates — quien asimismo corre peligro de hacer resonar las fallas del propio personal médico. La subjetividad es una niebla medio consistente que aguarda una escucha, que espera un encuentro, que tiene la necesidad de extenderse en un vínculo, con el fin de tomar cuerpo — incluso si es para terminar perdiéndolo.

El escrito médico lleva la marca de la noción sacrosanta de distancia terapéutica. Al interpretar el síntoma, desde un espíritu científico, hay que establecer una distancia para no caer en la sombra de la identificación y las proyecciones. Hay que tomar la distancia que permita un análisis y una síntesis lo más racionales posibles. No se criticará, evidentemente, el uso de tal método que aprovecha la terapéutica, necesario para la “buena distancia”. “Buena”, como Winnicott habla de la madre que debe ser “lo suficientemente buena” (“*the good enough mother*”) (otros han hablado de “distancia sensible”). Pero lo que me parecía nocivo desde el comienzo de mi práctica como escritor, como individuo, era la forma en que esta narrativa distanciada invadía el campo del pensamiento desacreditando el imaginario que la enfermedad puede hacer surgir. Así, muestra la luna del Mal, pero ocultando su faceta íntima.

Ese tipo de narración, que funda la escritura médica, es rara vez objeto de reflexión durante la trayectoria de un aprendiz médico (al menos en mi época). Si, por mi parte, yo era sensible, es porque fui moldeado por un deseo literario;

porque me preocupaba alimentar mi subjetividad; porque no quería parecerme a muchos de mis mayores.

Como me sentía habitado por un ser disforme que reclamaba desde mi adolescencia que no le diera una representación, porque palpaba en mí esa cara oculta que procuraba contener en mi cotidianeidad profesional, yo frecuentaba, de manera paralela a la escuela que debía enseñarme una profesión y respondiendo a mi afirmada vocación, otra escuela donde el saber del ser humano parecía menos preciso y más potente — esta otra escuela *buissonnière* que es la literatura.

En ciertos lugares, o en el centro de algunas páginas, se abren largas temporadas. El verano siempre será para mí, no el mar o los paseos en la montaña, sino una habitación —un *hinterland*— en la que estoy recostado, con las persianas entreabiertas, o a la sombra de un árbol sobre una larga silla, y bañado por esa luz verde y amarilla del Día de Reyes — espacio que se parece mucho a un cuarto de enfermo o de convaleciente, donde se zigzaguea de un libro a la contemplación del vuelo en espiral de una mosca por encima de nosotros, donde se va detrás de la mancha negra de esa arañita que deambula sobre el techo. Zona *buissonnière* para esa breve locura de soñar despierto.

École buissonnière: inicios de la Reforma, primer tercio del siglo XVI, así se llamaban las clases improvisadas que se impartían fuera de la influencia de los sacerdotes y de la enseñanza oficial, en el campo, fuera de las iglesias — en los arbustos [*buissons*]. Escuela que, lejos de dedicarse al ocio, es ante todo una del margen, una escuela contestataria, del retorno a los textos. Y, para escuchar a los seres humanos, probablemente es necesario saber escuchar a los textos. Y a la inversa.

Mi escuela *buissonnière* era pequeña, una escuela de la marginalidad. Modesta, íntima. Que tendía a mostrarme una atención más delicada y compleja. Espacio de resistencia a pesar de todo, porque ya era insoportable, no sólo por la ocupación de mi alma por el razonamiento médico, sino por lo que es hoy en día la institución hospitalaria, por su lógica gerencial, invasiva y mutilante. Para defender lo que otros consideraban como una fisura, yo confrontaba a vastos autores y autoras. No solo para aumentar la compasión y comprender mejor, sino para entrever un lugar mental mal etiquetado, para descubrir en mí la posibilidad de esas emociones amordazadas, para no imaginarme protegido del mal, crearme “sano” y atreverme a abrazar mis momentos de desconcierto, para mantener la confianza en su poder de revelación sobre lo que yo era y que nadie podía mostrarme mejor.

Aunque intentaba revitalizarme sin separarme del posible destino común de algunos de mis pacientes, ese curso personal se quedaba en el umbral del hospital. Debía conformarme con la creciente distancia entre los modos de vida mental aparentemente excluyentes, que no lograba conciliar. Lo que empujaba sin parar esta división, y desplazaba prudentemente las fronteras, era que aprendía a escribir y que la escritura me arrastraba hacia un lugar funámbulo, donde se pueden ver al menos dos formas a la vez: el *labio del volcán* que se descubre en la maleza.

Reencontrar la fluidez en la mente, entre los pensamientos que nacen de la lógica y el ensueño, o al menos esos donde la lógica no está manifiesta, cuya estructura no sigue un encadenamiento causal, sino asociativo o en oxímoron. Querer escribir como médico, pero olvidando que yo era uno.

Para convertirme en ese crisol de reconciliación mental, un *go-between* aún más tranquilo del que fui entre mis padres divorciados, tuve que caer enfermo (un cáncer que me condenaba al principio), es decir, dudar de la fidelidad tácita de mi cuerpo, convertido en extranjero por mí mismo, y sometido a manos que me consideraban como objeto de investigación, como protocolo y causa de cuidado. Convertirse en objeto es fuente de violencia, real o simbólica, de maltratos inconscientes o verbales; también de mucha atención. De cualquier manera, tal cosa lo expone a uno a una autorrepresentación que corre el riesgo de engullir al convertirnos en un objeto a sus propios ojos. La mayor parte de los médicos parecían indiferentes (¿o así disimulaban su malestar?) a la manera en que los miraba y seguía sus gestos, indiferentes a la conciencia que tenía de pasar por su mirada de persona a objeto de análisis — y eso a pesar de las precauciones oratorias y la aparente simpatía que mostraban.

Como seguía siendo médico, deslizándome de uno a otro, superponía esas representaciones antagonistas en mí mismo: un jardín muy ordenado a la francesa, rastrillado por la razón médica, y un bosque salvaje, la aterradora poesía de lo que me ocurría. Yo era la misma frontera, mi instinto estaba alerta. Observaba ese abismo de incertidumbre desde el promontorio donde me habían dejado con el amargo saber de lo que me sucedería. Ignoraba si iba a sobrevivir, pero quería mantenerme espiritualmente vivo hasta el final. Conocí el impacto de un anuncio de muerte; me ofrecían, mediante tratamientos intensivos, la posibilidad de sanar, y me llenaban de una vida que quería recuperar el terreno que se había perdido bajo ella. Como estudiante luchaba contra el endurecimiento interior; como enfermo me debatía por no extinguirme antes de que apagaran la llama. Fue necesario haber conocido esa fuerza inquieta, esa urgencia, y aceptar las consecuencias para no entrar en pánico al ser colocado en el labio del volcán, incluso para vislumbrar que se me podía ofrecer el devenir plenamente vivo, quizá.

Saberse de un mal con nombre es pasar de la interpretación ansiosa de los síntomas y las proyecciones fantasmales a una realidad circunscrita y más tangible. En mi caso, se trataba de convertir dolores inexplicables, que yo llamaba mi propio *Rosemary's baby*, en un linfoma no Hodgkin digestivo, de clase B en cadenas kappa, estado 1E.

Volverse un enfermo es pertenecer al “club de los yacientes”, como lo califica Virginia Woolf en su pequeño ensayo, *On being ill*; al club tan vasto conformado por quienes la vida ha detenido o empujado a una cama, a una silla larga, a una recámara o una pequeña y tranquila esquina, por los que padecen, convalecen, los enlutados, amorosos o lectores que se aíslan. Una vez establecido el diagnóstico

y la rutina de los tratamientos inicia, me encontraba sobre este margen donde uno se aparta para leer, nuevamente en esta escuela *buissonnière*, para escuchar mejor la multitud de voces y de impresiones que salen despiadadamente de la explosión existencial que me había dejado estupefacto; pero también para resistir espiritualmente, como lo he dicho, o incluso para permanecer alegre, a pesar de los efectos de los tratamientos y el agotamiento, para protegerme del naufragio interior que temía en cuanto consideraba la soledad del hombrecillo que era — y que, sin embargo, sentía también, como lo evoca Blanchot en *L'instant de ma mort*, una extraña paz al experimentar una intensa “compasión por la humanidad enferma”.

La experiencia de saberse parte de la humanidad a través de la enfermedad fue experimentar quizá lo que describen los primeros astronautas que viajaron fuera de los límites terrestres. La exclusión de la humanidad puede darnos la conciencia profunda de esta misma humanidad, de su unidad. Y, al volver tangible un sentir íntimo en el ejemplo de una condición, se es un poco como uno de esos pioneros del espacio que experimentaron con fuerza su pertenencia al planeta, a la relatividad de las fronteras, de las identidades impuestas o elegidas; se tiene la experiencia casi religiosa, cerca del sentimiento oceánico, que abole por un instante las divisiones de la historia humana. Fantasía o sabiduría, el *overview effect* que viví al crearme condenado, sin embargo, transformó al hombre que soy, y consumó en mí al escritor.

Seguramente por eso siempre he huido de la fácil designación que amenaza todo escrito de inspiración autobiográfica: mis libros no son para nada testimonios. Siempre hay algo degradante al hablar de testimonio, una forma de disminuir (iba a escribir desminar) el alcance estético, y quizá ético de un texto. Tal vez sólo sea para atenuar su violencia subversiva —esa violencia a la negación que nos ciega la mayor parte del tiempo— o por reticencia a develar una forma evanescente, huidiza: la estructura de una determinada manifestación del Mal (cartografiada por la literatura de los campos de concentración, por ejemplo) o el efecto vertiginoso de la intrusión que nos vuelve extraños a nosotros mismos (que hace pensar en *L'intrus* de J.-L. Nancy).

Así, el primerísimo libro que pude escribir, *Dans la vallée des larmes* [*En el valle de las lágrimas*] no testimonia de un cáncer, sino que da una forma a la aventura de una supervivencia y un retorno al mundo de los de buena salud. Describe la trampa inesperada en la que se atrapa la curación, y aquella impresión de un segundo nacimiento, algunas veces consecutiva al shock traumático. Porque uno no se puede convertir en prisionero del *overview effect*, de la fascinación retrospectiva ejercida por tal apertura, de su influencia que a la larga se convierte en un relato heroico. Amenazado por el riesgo de una postura, se puede perder, a causa de esta misma fascinación, lo que da carne a una búsqueda: esta voz singular en literatura, sustancia compuesta de sensaciones y reminiscencias, que puede brotar bajo el impulso del peligro extremo, pero que no se hunde en el discurso de un converso,

en palabras taumatúrgicas, en moral idealizada. A veces solamente, parece que la enfermedad no enseña otra cosa que lo inaccesible a lo interior, y también una compasión sin necesidad para nuestra condición humana. No deja más que preguntas y la imborrable certeza de nuestra fragilidad. Sin embargo, es justamente de ahí que yo partí. De este lugar donde se me ha otorgado percibir, después de la implosión interior, pero sin distinguirla claramente, una forma profunda que debía trastornar mi relación con la literatura y con mi “vocación” de médico.

Como estudiante de medicina, creía, o quería creer, que los libros me nutrirían y ayudarían a hacer más densa y compleja mi empatía —incluso si sentía que nunca estaba del todo sumergido en la carne del mundo, y que mi escuela *buissonnière* me mantenía al margen de ese cuerpo que, paradójicamente, tendía a ofrecerme. Llevaba mucho tiempo buscando ese momento en el que encarnaría en la literatura —sin saber muy bien lo que podía significar. Pero antes de enfermar no sabía en realidad qué hacer con todos esos libros que había leído con avidez. El anuncio de muerte me dejó atónito. De ello siguió una lenta transformación. Algo aparecía, una forma comenzaba a dibujarse en la literatura, una forma que creaba como se imagina, desde la tierra, la silueta de las constelaciones.

Descubrir una forma profunda, ¿qué busca decir eso? No sería tener un propósito, una meta o un proyecto. Sino sentir que lo que está difuso, sin sentido ni lógica aparente, sería sobreentendido por una organización posible. Sería buscar y aceptar la singularidad de nuestro punto de vista, sería quizá aceptar tener un lugar. Una obra de largo aliento. En movimiento. Inacabable. Porque hay que pelear en todos los planos: interior y exterior. Primero contra la duda que rara vez cede en esa alternancia de incertidumbre y de convicción, propia de la gente de fe y de los combates espirituales; luego contra quienes nos disuaden, amigos y personas bienintencionadas, personas razonables que tratarán de aconsejarnos pero que ignoran los imperativos de aquello que se podría llamar, por Sócrates y los Clásicos, nuestro “*daimon*” o “genio” guía.

Tener un lugar, decía, a pesar de esa novedad de conciencia que refunda y desorienta, haciendo de nosotros —que no somos más que eso— unos sobrevivientes. Tener un lugar que integre al fin, en nuestros impulsos contradictorios, la inclinación que lleva al cuidado del otro. Sin embargo, en remisión de larga duración, cuando empecé a escribir de nuevo, al darme cuenta de que cuidar y escribir estaban muy sutilmente vinculados, la conciencia de esta forma profunda y la persistente sensación de estar en el labio del volcán me exigían que encontrara *mi* forma de escribir. Y quizá una forma de cuidar complementaria a la que había recibido —y que la transmita también. Curar diferente, escribir diferente.

(Abro aquí un corto paréntesis: he escrito varias veces la palabra *labio*, y que se entienda como algo que hace inteligible la palabra, pero que bordea también una herida, como la de Cristo cuyos libros de devoción medieval ostentaban representaciones casi vulvares —lo que me parece un resumen entre el nacimiento

y la muerte, lo grande y lo pequeño, situándonos en el lugar imposible del goce o el éxtasis, como lo intenté precisar en mi primer libro.)

∞∞∞∞

Es bien sabido: lo que los médicos nombran con tecnicidad no es más que una parte restringida de la enfermedad vivida. Como enfermo, acepté ser alterado por la porosidad entre esas dos caras de la Luna; como convaleciente, intenté darle cuerpo. Por ello me esforzaba, sin renegar de ningún aspecto de la realidad que vivía, por encontrar una escritura que, retomando la expresión de Shalámov, llamaría “nueva prosa”, es decir, una reapropiación subjetiva. Y cumplir para mí el programa de los últimos escritos de Canguilhem: una reapropiación a través de la escritura de lo que la razón médica reducía a un cáncer agresivo pero curable, aunque su pronóstico fuera incierto (maravilloso eufemismo).

Escribir, pues, y como lo apunto en *Se survivre* [*Sobrevivirse*], encontrar una prosa “que toque lo real, la compasión redescubierta tal vez, que toque todo lo terrible que hay en el deseo de amar lo que muere. Prosa escondida en las cavernas de un tiempo que hoy no es de nadie, y cuya acción desgasta mucho más que la del tiempo: esa verdad que hace que todo lo que no es se desmorone, sea ilegible”.

Escribir para los tiempos difíciles.

El receptáculo de semejante ambición sólo podía ser, a mis ojos, un libro que nunca acaba, abierto, frágil y obstinado como una ruina, fuente viva. Y a eso tuve que arriesgarme al escribir ese libro. Ya había escrito sobre este binomio enfermedad-convalecencia, había escrito sobre lo afectado por la noticia de mi muerte, sobre lo que rompía con todo lo que uno cree saber sobre sí mismo. Me repetían: ahora haz otra cosa, pasa la página. Quedaba por escribir, sin embargo, lo menos aparente, lo que hasta entonces había sido para mí un fundamento que creía mudo y que no era más que los pensamientos no dichos en mi vida convaleciente. Escribir, claro, sobre la quimioterapia, pero desde adentro, como una experiencia interior, y redescubrir así la cautivadora elasticidad del tiempo de enfermedad, sus deformaciones oníricas, *staccato* y frenético martilleo, su insospechada organicidad y sus efectos transformadores, en el hueco de este paréntesis que abre en nosotros la obsesiva conciencia de una enfermedad en tratamiento.

El resultado, *Se survivre*, aunque no sea un libro denso, me tomó 10 años escribirlo. Quería escribir un texto —una especie de libro-raíz, aunque no fuera el primero en ser publicado— que diera cabida a estos fragmentos de misterio, de angustia, de pesadillas, con las bases más fiables de observación: las hierbas silvestres entre las losas de granito. En éste, combinaba la visión médica que tenía de mí mismo con la de un paciente asediado por opiniones inquietantes y noches febriles. Las enfermedades —los traumas de forma más amplia— dislocan la sensación de unidad y nos enfrentan a una realidad inquietante. Una masa

palpitante con mil ojos, que no sabes si te saltará a la cara para devorarte o te ofrecerá tesoros mezclados con esqueletos. Esta realidad (una isla del tesoro) está constantemente presente en la mente de los pacientes y rara vez se formula. Puede llegar a ser vergonzoso por sus manifestaciones involuntarias. Los enfermos miran esa mitad de la vida que es invisible para las personas sanas —incluso si se trata de cuidadores empáticos—, y la flagrante asimetría que esta visión impone en las relaciones provoca muchos malentendidos. Recuerdo la confrontación de Jacques Rivière con Artaud, su última carta que parece entrever mejor la enfermedad de su interlocutor, y su elogio de la salud que, sin embargo, “dada de golpe a un ser, le oculta la mitad del mundo”.

∞∞∞∞

A lo que terminó siendo una escritura del yo enfermo, podría añadirse el historial clínico tal como fue escrito por el interno del servicio de hematología donde me trataban. El contraste salta, evidentemente, a la vista. Y no es imposible que haya escrito mis libros para responder a la sequedad de aquella breve página, para salvar del olvido una aventura de la que casi nadie había sido testigo y que, no obstante, parecía una fuente que ofrecía la vida misma, ambivalente, peligrosa, bella, incierta; para gritar que lo que acababa de pasarme era mucho más complejo que aquello a lo que la medicina lo resumía, que el mal y sus consecuencias me superaban y exigían de mí algo nuevo: un cambio profundo. No sufrí, viví una experiencia metafísica. Había descubierto un saber cuya intensidad me había fascinado y aterrizado —incluso si era incapaz de decir de qué sustancia estaba hecho. Era un saber carnal que parecía sumergir sus fibras hasta la idea del destino y, por lo tanto, en un misterio más antiguo que yo, el misterio mismo que envuelve al ser humano frente a su propia experiencia.

Intuía entonces que ser escritor sería más que escribir, salvar aquello más íntimo, y que uno descubre que no le pertenece del todo.

La paradoja era que la recobrada salud amenazaba con contener ese manantial burbujeante: y eso es lo que yo rechazaba incluso antes de estar curado. “Esta salud construye una prisión”, escribió Éluard.

La paradoja era que la medicina parecía no poder curar aquel algo que quizá no le concernía.

La paradoja era que acababa de descubrir lo que permanecía en ese margen, en los matorrales [*buissons*] de resistencia, y en el labio del volcán donde me encontraba: y era otra vocación, parecida a la de los monjes judíos, los Terapeutas descritos por Filón de Alejandría, cuya espiritualidad giraba en torno a la curación —pero en un sentido que abarcaba la medicina y la extendía a la naturaleza, a los mares y a los cielos, a las estrellas y al vacío, al cuerpo y a las innumerables voces, al mundo visible e invisible, a todo lo que se oculta en las entrañas del tiempo.

La paradoja era que esta experiencia me recordó una vocación de curación, que la medicina por sí misma no podía cumplir. Y si se tratara de escribir, sería para curar lo que nadie nos puede curar.